

¿Por qué el ser religioso?

Timothy Radcliffe, OP

Estamos llegando al final de esta celebración del ochocientos aniversario de la fundación de la primera comunidad dominicana en Prullá. Desde entonces, la vida religiosa dominicana ha pasado por tiempos de florecimiento y tiempos de crisis. Frecuentemente parecía como si la vida religiosa estuviese a punto de desaparecer. Pero toda crisis ha conducido a una renovación de la Orden, y así nosotros abordamos con confianza el futuro. Dios no ha prometido que la Orden dominicana perdurará hasta el Reino, ¡pero pidámosle por los próximos ochocientos años!

Para la mayoría de la Orden éste es un buen momento. En el último capítulo general en Bogotá, Colombia, nos llevamos una alegría al descubrir que aproximadamente uno de cada cinco religiosos de la Orden se halla en el período de formación inicial. Excepcionalmente seguimos teniendo vocaciones en algunos países del Oeste, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Es verdad que en la actualidad hay pocas en España, tanto para los frailes como para las monjas. Pero hemos sobrevivido a tantas crisis que no hay motivo para tener miedo. En realidad, yo diré que una de las vocaciones de la vida religiosa es hacer frente a la crisis con temor y con esperanza.

Algunos han pretendido que, al menos en el Oeste, la vida religiosa está llegando a su fin. Yo pienso que nuestra vocación es hoy más necesaria de cuanto lo haya sido nunca. Estamos llamados a ser signos de esperanza para la humanidad. Nosotros, los religiosos, podemos estar atravesando un momento en que nos vienen dudas sobre nuestro propio futuro, pero la humanidad entera se halla frente a una grave crisis de esperanza. No quiero decir que todos los hombres sean necesariamente infelices, aunque se dé una epidemia de suicidios entre los jóvenes. Lo que quiero decir es que nuestros contemporáneos no tienen una historia de futuro que contar que ofrezca esperanza.

Cuando yo era joven, allá por los años sesenta, confiábamos en que la humanidad estaba avanzando hacia un futuro maravilloso, en el que habrían desaparecido la guerra y la pobreza. Todo parecía posible. Creíamos en el progreso. Los Beatles estaban alucinando al mundo. Ahora, al comienzo de este nuevo milenio, nos encontramos frente a la crisis ecológica, la propagación del fundamentalismo religioso, el terrorismo, la epidemia del sida, la separación creciente entre ricos y pobres. Muchos estados de África están al borde del colapso. ¿Qué porvenir tienen los jóvenes que les dé esperanza? Está la previsión del desastre ecológico que se avecina, y de la guerra contra el terrorismo. Ningún futuro esperanzador para el joven. En muchas naciones, como España e Italia, se da una bajada desastrosa de la tasa de natalidad. La gente tiene miedo de traer niños a un mundo sin futuro.

En esta situación la vida religiosa está llamada a ser un signo de esperanza. No es trayendo niños al mundo, ¡os alegraréis al oírlo! Nuestra *rara* forma de vida con sus

votos es un signo de esperanza para la humanidad. Lo somos porque tenemos una vocación. Esta vocación nos llama a la comunidad y nos envía a la misión. Nuestra vocación es maravillosa, no porque nosotros seamos maravillosos, sino porque constituye un signo de nuestra maravillosa esperanza para la humanidad entera. Me fijaré, por tanto, en tres maneras en que la vida religiosa es un signo de esperanza: lo primero, por nuestra profesión; en segundo lugar, por nuestra vida de comunidad y luego, brevemente, por nuestra misión.

Empecemos por el concepto de vocación. Yo me sentí atraído hacia los dominicos porque me gustaba la misión de la Orden y me sentía a gusto con los hermanos. Pero eso no era suficiente. Me hice dominico porque creí que ésa era mi vocación. Yo fui llamado por Dios para andar por este camino dominicano.

Pero eso es la expresión de una verdad más profunda: la de que todo ser humano es llamado por Dios. Dios nos llama a la existencia y nos llama a encontrar nuestra felicidad en Él. Por eso, ser religioso es encarnar una fundamental y esperanzada convicción sobre la humanidad: estamos caminando hacia Dios. Podemos no tener idea del futuro de la humanidad, de qué desastres o violencias nos acechan, de si saltaremos por los aires a causa de una bomba, o ahogados por el mar que se desborda, o asados por el calentamiento global ..., pero Dios está llamando a toda la creación hacia Él.

Todo existe porque Dios lo llama a la existencia. Dios dijo: “Que sea la luz” y ésta surgió a la existencia. Hay un delicioso pasaje en el profeta Baruc: ‘Los astros brillaban en sus atalayas y estaban contentos; Él los llamó y ellos contestaron: “Hemos aquí”. Y brillaron alegremente en honor del que los hizo’ (Baruc, 3, 34). La existencia de una estrella no es un descarnado hecho científico. Las estrellas dicen jubilosamente ‘Sí’ a Dios. Todo cuanto existe es un ‘Sí’ a Dios.

Lo que es característico de los seres humanos es que no sólo decimos ‘Sí’ con la existencia. Nosotros **decimos** ‘Sí’ a Dios con nuestras palabras. Dios nos habla una palabra, y nosotros respondemos con nuestras palabras. Para esto fuimos creados, para responder a la palabra de Dios con una palabra. Esta vocación humana se resume en una hermosa palabra hebrea: ‘Hinení’. Significa ‘Heme aquí’.

Cuando Dios llama desde la zarza ardiente, Moisés responde: ‘Hinení’, ‘Heme aquí’. Cuando Dios llama a Abrahán para sacrificar a Isaac, Abrahán responde: ‘Hinení’, ‘Heme aquí’. Cuando Isaías oye una voz que dice: ‘¿A quién enviaré?’, él responde ‘Heme aquí. Envíame’. Pero cuando Dios llama a Adán en el paraíso, éste no responde ‘Heme aquí’, sino que se esconde entre las ramas.

Nosotros expresamos esa verdad de la vocación humana cuando profesamos como religiosos. Nos ponemos en las manos de nuestros hermanos o hermanas y pronunciamos nuestro definitivo Sí. ‘Heme aquí. Hinení’. Es más que la aceptación de la obediencia como regla. Es más que el compromiso con una forma de vida. Es un signo explícito de lo que significa ser un ser humano.

No decimos ‘**SÍ**’ tan sólo en la profesión. Seguimos diciéndolo cuando nos llaman nuestros hermanos y hermanas a lo largo de la vida, cuando nos llaman para ejercer un oficio en la comunidad: ser procuradora, o maestra de novicias, o priora. Nos llamamos unos a otros. Nuestra obediencia es mutua. Y ello es más que la organización eficiente de la misión de la Orden. Expresa nuestro continuo asentimiento a Dios: ‘Hinení’, ‘Heme aquí’. Cuando se lee la lista de los capitulares en un capítulo general electivo, todos van respondiendo: *Adsum. ¡Presente!* Pero tenemos que hacerlo día tras día.

Deberíamos llamarnos unos a otros para el coraje y la libertad, para hacer cosas que no nos hubiéramos atrevido a hacer. Nuestros hermanos y hermanas deberían llamarnos más allá del miedo, cuando nos encontramos paralizados e inmóviles. Una vez salía yo de paseo con algunos hermanos en Escocia. Llegamos a un acantilado donde se perdía el sendero. Tenías que poner tus pies en un hueco e irte abriendo camino. Daba realmente miedo, colgados por encima de las olas del mar y las rocas. Cuando alcanzamos el final vimos que faltaba un hermano, Gareth. No nos habíamos dado cuenta de que padecía vértigo. Así uno de nosotros tuvo que volver hacia él, paralizado de miedo. Teníamos que irle diciendo: “Gareth, dame la mano. Puedes avanzar un metro. Ahora echa el otro pie”. Hasta que finalmente realizó su camino hacia la seguridad. Durante todo aquel camino, nos íbamos llamando unos a otros, y así es la voz de Dios, que nos llama a cada uno a la libertad y al valor, no sabiendo lo que hay a la vuelta de la esquina. Es peligroso. Tenemos que aprender a confiar en la voz que nos llama.

Me viene al recuerdo un hombre que iba conduciendo por la cima de un precipicio preguntándose si existía Dios o no. Iba tan distraído que se precipitó por el acantilado y se salió del coche. Según iba cayendo se agarró a la rama de un árbol. Repentinamente se le presentó urgente la pregunta de la fe y gritó con fuerza: “¿Hay alguien allí?” Finalmente una voz se dejó oír: “Sí, estoy yo. Confía en mí. Suelta la rama y déjate caer, yo te cogeré”. Se quedó pensando un momento y luego volvió a gritar: “¿Hay alguno más allí?”

El principal signo cristiano de la esperanza es la Última Cena. Jesús se puso en las manos de aquellos frágiles discípulos. Dios se atrevió a ser vulnerable y a entregarse a quienes le traicionarían, le negarían y huirían. En la vida religiosa, asumimos el mismo peligro. Nos ponemos en las manos de frágiles hermanos y hermanas, y no sabemos lo que harán con nosotros. Incluso a veces nos ponemos en manos de quienes todavía no han nacido, que serán un día nuestros hermanos y hermanas. Mi Prior en Oxford nació cinco años después de que yo entrara en la Orden. Tomás de Aquino dice que pertenece a la radical generosidad de los votos el que se hacen en un instante, en el que entregamos nuestro futuro desconocido. Todavía hoy, después de más de cuarenta años de dominico, yo no sé lo que pedirán de mí.

Estamos llamados a vivir esta incertidumbre con alegría. El origen de mi vocación de religioso fue probablemente la sorprendente alegría de un tío mío benedictino. Había

quedado mutilado en la Primera Guerra Mundial. Había perdido un ojo y casi todos los dedos, pero rebosaba alegría ..., con tal de que mi madre no se olvidara de darle su whisky antes de ir a la cama. Y yo adivinaba, incluso de niño, que el origen de su alegría era Dios. El Abad Primado de los Benedictinos, Notker Wolf, invitó a algunos monjes budistas y shintuistas a venir a quedarse dos semanas en la abadía de San Ottilien, Bavaria. Cuando se les preguntó qué era lo que más les había llamado la atención, respondieron: “La alegría. ¿Por qué los monjes católicos son gente tan alegre?” Era la alegría de Domingo, especialmente cuando estaba con las monjas de Prulla o de San Sixto.

Esta alegría es un signo de esperanza para quienes no ven ningún futuro ante sí. Para los que no encuentran trabajo, para los estudiantes que suspenden los exámenes, para las parejas cuyo matrimonio está atravesando un mal momento, para quienes se encuentran con la guerra, nuestra alegría frente a la incertidumbre debería ser un signo de esperanza de que toda vida humana está en camino hacia Dios, cualesquiera que sean las dificultades que pueda haber en el camino.

Así el ser religioso es **no** conocer la *historia* de nuestras vidas. Muchísima gente tiene carrera y puede estructurar su historia. Van subiendo por la escalera de la promoción. El soldado se hace sargento, el capitán sueña con ser general, el profesor con llegar a ser director. Pero nosotros no tenemos carrera. Sea cualquiera el papel que uno desempeña en la Orden, nunca puede ser más que uno de los hermanos o hermanas. En un sentido, no importa lo que uno hace. Cuando me preguntan qué hago yo ahora, respondo que hago lo que hacemos todos: ser un hermano.

Por supuesto que a veces uno puede tener el sentimiento de que nuestros hermanos no reconocen quiénes somos, y que se nos pide hacer cosas que son una pérdida de tiempo. Quizás no se reconocen nuestros talentos. En tal caso, naturalmente que podemos hablar. No somos alfombrillas pasivas. No podemos aceptar una obediencia infantil que nos trate como si no fuéramos más que peones para ser colocados sobre el damero del superior, tapando huecos. En ese caso debe haber diálogo y mutua comprensión. Pero ello forma parte de nuestra vocación religiosa como un signo de esperanza, que incluso si somos tratados mal o despreciados, nos queda todavía la alegría de aquellos cuyas vidas van por el camino que lleva a Dios. Cuando sus hermanos carmelitas tenían encarcelado a San Juan de la Cruz, éste tenía fuerzas para cantar. Dios nos puede llevar al Reino por el arduo ‘sendero turístico’, pero al final llegaremos a ver a Dios cara a cara.

Hace poco recibí una carta de un amigo, religioso anglicano. Tiene una enfermedad que le va llevando lentamente a la parálisis total. Este gran profesor va perdiendo la facultad de hablar. Y él me citó las palabras de aquel gran hombre, Dag Hammarskjöld: “Por todo lo que ha sido ..., gracias. Por todo lo que será, ... Sí”. Ése es el testimonio de la vida religiosa.

Es verdad que la vida religiosa está, en muchos lugares, atravesando un tiempo de crisis, por ejemplo en España. Y que muchos religiosos están también pasando por esa

crisis. Podemos estar preocupados por el futuro de nuestra Provincia o de nuestro monasterio. Nos puede parecer que nuestras mismas vidas van a desaparecer rápidamente. Pero nosotros sólo podremos ser signo de esperanza para una generación que está pasando su crisis, si sabemos afrontar las crisis con alegría y serenidad. Puede ser parte de nuestra vocación religiosa el afrontar las crisis de nuestra vocación como momentos de gracia y de nueva vida.

En cada eucaristía conmemoramos la crisis de la noche del Jueves Santo. Jesús podía haber huido de aquella crisis, pero no lo hizo. La abrazó y la hizo fructífera. Así, si nos hallamos en un momento en que no podemos ver camino alguno ante nosotros, y podemos sentirnos tentados a hacer la maleta y escapar, entonces es precisamente el momento en que nuestras vidas religiosas pueden estar a punto de crecer y madurar. Como Jesús en la Última Cena, ése es el momento de abrazar lo que está sucediendo y confiar en que producirá fruto. Eso forma parte de cómo nuestra vocación es testimonio de la esperanza.

Estas crisis pueden incluso llegar a afrontar la muerte de nuestras mismas comunidades. Para muchos monasterios de la Europa del Este, no se presenta ningún futuro. ¿Nos atrevemos a afrontar incluso esa situación con alegría? Siendo Provincial, fui a visitar un monasterio llamado Carisbroke que se acercaba al término de su vida. Quedaban tan sólo cuatro monjas, tres de ellas muy ancianas. Una de las monjas me dijo: “Timothy, pero Dios no puede dejar morir a Carisbroke, ¿verdad?” Y el Provincial anterior que me acompañaba, dijo: “Él permitió que su Hijo muriera, ¿no?”... ¿Cómo podemos ser testigos de la muerte y resurrección, si tenemos miedo a enfrentarnos con la muerte de nuestra propia comunidad?

Hace un par de años se celebró en Roma un congreso sobre la vida religiosa y muchos se cuestionaron si la profesión hasta la muerte seguía siendo parte necesaria de la vida religiosa. Yo estoy completamente a favor de abrir nuestras comunidades a toda clase de amigos, asociados y colaboradores, pero siempre defendería que en el centro de la vida religiosa tiene que estar el gesto valiente de entregar nuestras vidas hasta la muerte, *usque ad mortem*. Es un gesto insólito que habla de nuestra esperanza de que toda vida humana en su totalidad, hasta el final, incluyendo la muerte, es un camino hacia el Dios que nos llama.

Una vez un fraile anciano, próximo a la muerte, me confesó que estaba a punto de cumplir una gran ambición, morir de dominico. En aquel momento no pensé que eso fuese una gran ambición, pero es algo que he llegado a atesorar. Hizo el regalo de su vida y a pesar de las dificultades del camino, nunca lo retiró. Fue un signo de esperanza para los jóvenes.

Me han dicho mil veces que no se puede esperar de los jóvenes que hagan esa promesa definitiva, hasta la muerte. Es verdad que los jóvenes viven en un mundo de compromisos a corto plazo, tanto en el trabajo como en el hogar. Un americano medio desempeña once empleos diferentes durante su vida laboral. Los matrimonios frecuentemente no perseveran. Y así se afirma que no podemos pretender de los

jóvenes que hagan profesión perpetua. Recuerdo un joven dominico francés a quien en la víspera de su profesión solemne le preguntaron si se estaba entregando totalmente, sin reserva y para siempre a la Orden. Y se cuenta que contestó: “Yo me entrego completamente y sin reserva ahora. ¿Pero quién sabe lo que yo seré dentro de diez años?”

Pero precisamente porque vivimos en una cultura de compromisos a corto plazo la profesión hasta la muerte es un hermoso signo de esperanza. Habla de la historia a largo plazo en que todo ser humano está llamado a Dios. Es un gesto insólito, pero debemos pedir a los jóvenes que realicen gestos valientes y locos, y creemos que pueden, con la gracia de Dios, vivirlos. Recientemente cuatro jóvenes hicieron la profesión solemne para mi provincia inglesa. Son brillantes, decididos y con títulos académicos. Podían haber podido triunfar en el mundo, haber llevado una vida feliz de casados y ganado mucho dinero. Algunas chicas jóvenes decían: “¡Qué lástima! Podían haberse casado estupendamente ..., ¡ojalá conmigo!” Yo no estoy seguro de que nadie dijera eso cuando yo profesé, ¡desgraciadamente! Para ellos el entregarse totalmente a la Orden hasta la muerte habla de nuestra esperanza para todo ser humano.

Llamados a la comunidad

Así pues, tener vocación es manifestar algo de lo que significa ser hombre o mujer. Pero no sólo hemos sido llamados. Hemos sido llamados a la comunidad y enviados a la misión. Cada uno de estos movimientos, llamados a la comunidad y enviados a la misión, expresa una verdad sobre nuestra esperanza del Reino.

Primero, la vocación a la comunidad: Es un signo de que Dios llama a toda la humanidad al Reino, en que acabará toda división y violencia. La vocación humana es para aquella paz cuando, como Isaías dice, las naciones “de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas podaderas; no alzará la espada pueblo contra pueblo ni se ejercitarán para la guerra” (2, 4). Jesús es el único en quien el muro de la enemistad ha sido derribado. Nuestras comunidades deberían ser un signo del Señor Resucitado que dijo a los apóstoles: “La paz sea con vosotros”.

Cuando pregunto a los jóvenes por qué quieren hacerse dominicos, es frecuentemente porque desean la comunidad. En nuestro mundo fracturado mucha gente vive sola. Estamos pasando de las comunidades rurales a las grandes ciudades como Madrid. Desde el año pasado, por primera vez en la historia, más de la mitad de los hombres viven ahora en ciudades. La gente no conoce a sus vecinos. Somos invisibles en la calle. Las familias se hacen más pequeñas. Muchos no tienen ni hermanos ni hermanas. Dios dijo a Adán que no es bueno para el hombre vivir solo, pero el mundo moderno está lleno de gente que vive sola añorando la comunidad.

Precisamente porque nuestra sociedad está tan llena de gente que vive sola, la vida de comunidad puede resultar difícil. No estamos acostumbrados a compartir nuestras vidas con otras muchas personas. Yo crecí en una familia numerosa, de seis hijos, mis

padres, mi abuela y alguna otra persona. ¡Yo aprendí que mi madre me amaba incluso cuando parecía que había olvidado mi nombre! Cuando me incorporé al noviciado, no supuso un cambio grande con relación a mi familia. Pero incluso yo a veces encuentro difícil vivir en comunidad. El deseo de comunidad atrae a muchos a la vida religiosa y las dificultades de la vida en comunidad son causa de que algunos no perseveren.

Pero las dos, la alegría y la dificultad de la comunidad, hablan del Reino. Ya he dicho que la alegría de estar juntos es una parte intrínseca de nuestra vocación. Pero es también parte de nuestro testimonio del Reino el que vivamos con personas que no son como nosotros, que tienen teologías diferentes, política diferente, a quienes les gusta comida diferente y hablan lenguas diferentes. Convivir con ellos puede ser a veces maravilloso, pero también duro. En su compañía podemos estar tentados a convertir nuestras podaderas en espadas, en vez de lo contrario. Pero nuestra vida en común es un signo del Reino precisamente por nuestras diferencias. Una comunidad de personas de ideas idénticas sería tan sólo signo de ella misma.

Viví un año en Francia siendo estudiante dominico. Era maravilloso y terrible. Un día estaba sentado con cuatro dominicos franceses muy inteligentes, que parecían no prestar atención a nada de lo que yo decía. A un cierto punto paré la conversación y dije: “Ahora sé por qué Descartes era francés. Porque en Francia, si no pruebas tu propia existencia, no hay razón para creer que existes”. Fue viviendo con estos dominicos franceses, a quienes llegué a amar, como descubrí que sólo somos signos del Reino si aceptamos y nos alegramos de las diferencias.

El signo más elocuente de esto que yo nunca haya visto fue en nuestro monasterio en el norte de Burundi. Lo he contado frecuentemente. Era un signo de esperanza el que seis hermanas Utu y seis hermanas Tutsi pudieran vivir juntas en una nación dividida por la violencia étnica. Todas ellas habían perdido la mayor parte de sus familias y sin embargo seguían juntas. Parecían felices en mutua compañía y en paz, pero una paz que tenían que esforzarse mucho por mantener, por la que tenían que rezar todos los días.

La tentación de nuestra sociedad es buscar para nuestra comunidad sólo a quienes piensas como nosotros, que comparten nuestros puntos de vista, nuestros prejuicios y nuestra sangre. Los conservadores se asocian con los conservadores y los progresistas con los progresistas. Se manda a los ancianos a hogares de ancianos, los adolescentes pasan el tiempo con los adolescentes, y así sucesivamente. La Señora Thatcher solía preguntar de la gente: ‘¿Es uno de los nuestros?’ Deberíamos rehuir esa tentación. En vez de ser homogéneos, como una barra de helado de vainilla, deberíamos ser como una buena paella, en que los diferentes sabores son los que dan la gracia.

En muchas naciones la Iglesia está profundamente polarizada entre conservadores y progresistas. Existe enemistad real y enfado dentro de nuestra Iglesia hacia los ‘del otro bando’. Nuestra misión profética es llegar en amistad más allá de las divisiones. La oposición de izquierda y derecha, tradicionalistas y progresistas deriva de la Ilustración del Siglo Dieciocho y es, en un sentido, ajena al catolicismo. Todos somos

necesariamente tanto conservadores, volviendo nuestra mirada hacia los evangelios y la tradición, como progresistas, mirando adelante hacia el Reino. Es verdad que algunos tenemos un temperamento más ‘conservador’ o más ‘progresista’, pero para nosotros no puede existir una fundamental y última oposición entre tradición y progreso. Y así en nuestras comunidades tenemos que rehuir el permitir que estemos divididos en partidos.

Uno de los desafíos es el de lograr la continuidad entre las distintas generaciones. En mi comunidad de Oxford, abarcamos al menos cuatro generaciones. Hay un hermano anciano que se formó en la tradición clásica de antes del concilio. Hay cuatro o cinco de mi generación, que vivimos los años estimulantes y tumultuosos posconciliares. Hay un grupo más grande de gente que viene de la llamada a veces ‘Generación de Juan Pablo Segundo’, que reaccionaron contra algo que ellos juzgaron como el desenfrenado liberalismo de mi generación. Ahora está un buen grupo de la ‘Generación Y’ (**léase: ‘Generación i griega’**), en torno a los veinte años, que a su vez es diferente. Una comunidad sólo prosperará si se atreve a dar la bienvenida a los jóvenes, a desafiarlos y ser desafiados por ellos, sabiendo que nunca serán como nosotros. Muchos monasterios están muriendo porque no aceptan que las jóvenes tienen que ser diferentes de las mayores. Cuando yo era fraile joven, teníamos con nosotros a un anciano maravilloso llamado Gervasio: un gran estudioso, discutía frecuentemente contra las locas ideas de los jóvenes y se oponía a nuestras innovaciones, pero cuando llegaba una votación, votaba siempre a favor del joven, porque sin el joven no hay futuro.

Nuestra capacidad para tolerar las diferencias, y llegar a alegrarse de ello, también es parte del testimonio que damos de la Iglesia. El Concilio Vaticano II subrayó la importancia de la Iglesia local, reunida en torno al obispo. Es maravilloso y hermoso. Pero la Iglesia jerárquica también nos necesita a nosotros los religiosos, con nuestros diferentes carismas y vocaciones. Necesita contemplativas que resistan a la agitación de este mundo, y religiosas que trabajen con los pobres y marginados, o ejerzan un apostolado intelectual. Se necesita la hermosa diversidad de las espiritualidades religiosas: franciscana, jesuita, dominicana, carmelita y demás.

La tentación de la Iglesia jerárquica va hacia la afinidad. La unidad tiende a convertirse en la imposición de la uniformidad. Pero, lo hemos visto, una comunidad de gente afín no es buen signo del Reino. Así las comunidades religiosas con su ‘excentricidad’ ayudan a la Iglesia a ser signo del Reino. Así ha sido siempre desde que los padres y las madres del desierto comenzaron su extraña –‘excéntrica’- forma de vida hace más de mil seiscientos años. Somos como los bufones en las cortes reales del pasado, que tenían la libertad de hablar abiertamente y hasta de enfadar al rey. Sin esta libertad, la Iglesia muere.

La Misión

No hemos sido llamados tan sólo a la comunidad, también somos enviados a la misión. Esto también habla del Reino y de nuestra esperanza por la humanidad. Jesús

nos fue enviado por el Padre. Al final de cada misa también nosotros somos enviados. Para Jesús, y lo mismo para quienes sois monjas, no se trataba en absoluto de un viaje físico. Jesús no se presentó después de un largo camino. Venía del Padre, que está en todas partes. Su venida fue la manifestación del ilimitado amor de Dios. “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su único Hijo para la expiación de nuestros pecados” (I Io 4, 10). Y Jesús a su vez nos envía a nosotros: “Como el Padre me envió, así os envío yo” (Io 20, 21). Por tanto estamos enviados en misión, no es cuestión del trabajo que se nos pida realizar. Es un signo del amor de Dios que no olvida a nadie y quiere congrega a todos en el Reino.

Quedé profundamente impresionado por la conversación de un fraile español en el Amazonas, quien se llama Pedro. Era un hombre culto, que podía haber realizado cualquier tipo de cosas. Por el contrario aceptó ser enviado a ejercer su ministerio en aquella remota área de la jungla. Pasaba la mayor parte del tiempo caminando a pie o en su canoa, visitando pequeñas comunidades de indígenas que el mundo nunca ha conocido. En ese sentido, Pedro al consagrar todas sus energías a aquella gente, estaba desapareciendo, compartiendo su invisibilidad. Pero encontraba en ello su alegría, porque era su vocación. Era un signo de que aquellas gentes, que no han sido advertidas por nosotros, no habían sido olvidadas por Dios. Bartolomé de Las Casas decía que Dios se acuerda más de los que viven olvidados.

Así la parte más importante de la misión de las monjas es tener presentes a quienes los demás olvidan, los marginados y los invisibles. Una vez en Lima me crucé con la foto de un niño de la calle. Debajo ponía: ‘Saben que existo, pero no me ven’. Vuestra misión es ocuparos de todas esas gentes en vuestras oraciones y recuerdo, como signo de la memoria infinita de Dios. Cuando descubro a alguien a quien todos olvidan, escribo a una monja para confiarlo a su memoria, encarnación de la memoria de Dios.

También es parte de vuestra misión como monjas de clausura el acordaros de los hermanos y hermanas que salen a predicar. Santo Domingo estaba sostenido por las oraciones de las monjas de Prulla. Jordán de Sajonia decía que él frecuentemente no tenía tiempo para rezar, por lo que necesitaba de las oraciones de las monjas y especialmente de su amada Diana. Muchos hermanos y hermanas viven en peligro y dificultad en Iraq, en Brasil, en China y en muchos países de África. Tenedlos siempre en vuestra memoria.

Pero hay una tercera clase de memoria, que es importante en vuestra misión. Es recordar a Dios en su trabajo de hoy. Gustavo Gutiérrez O.P. dijo en el capítulo general: “En la Escritura la memoria no está en relación primera, y mucho menos exclusiva, con el pasado; su vínculo es ante todo, con un presente que se proyecta hacia delante. El pasado está en la memoria para dar espesor al momento actual del creyente. Para decirlo en los términos, precisos y breves, de Agustín de Hipona: “La memoria es el presente del pasado”. ... El presente del pasado nos remite a la importancia que la Biblia da al momento actual. Se trata del aquí y ahora de la presencia salvadora de Dios, en la que insisten libros bíblicos como el Deuteronomio:

“El Señor ha concluido esta alianza con nosotros hoy aquí” (5, 3) y el evangelio de Lucas: “Esta Escritura se cumple hoy” (4, 21). Es necesario vivir este hoy con fuerza y creatividad’. Así pues la existencia de nuestros monasterios durante ochocientos años es un signo visible de que Dios está vivo y con nosotros hoy. Hoy Dios está con nosotros. Como cantamos al comienzo de cada día: “¡Ojalá escuchéis hoy su voz!” (Salmo 94).

Y termino: En este tiempo en que la humanidad está sufriendo una crisis de esperanza, la vida religiosa puede ser un pequeño signo del Reino. Somos signo, lo primero de todo, en virtud de nuestra vocación. Hacemos visible la vocación de toda la humanidad, llamada al Reino. Somos signo del Reino por estar llamados a la comunidad, atreviéndonos a vivir con quienes son diferentes de nosotros. Proféticamente rechazamos la seguridad de formar nuestras casas con quienes son de nuestras mismas ideas. Y somos un signo de esperanza al ser quienes nos acordamos de los más olvidados, de los hermanos y hermanas de vida activa que predicán, pero sobre todo de Dios que es el que nos dice: “Esta escritura se cumple **hoy**”.